





AZUL MORTAL



Maryse Renaud

AZUL MORTAL



Primera edición: abril 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Maryse Renaud

ISBN: 978-84-17784-68-3

ISBN digital: 978-84-17784-69-0

Depósito legal: M-14314-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Rodolphe Désiré,
en quien no se ha apagado la llamita tenaz de la Utopía*



Cualquier semejanza con personas reales es pura coincidencia.



1

Por fin contemplas desde la terraza del bar el fuerte de granito hundiéndose lentamente en la luz crepuscular. Los turistas apiñados a su pie comienzan a dispersarse por las calles céntricas o se dirigen al embarcadero, en espera de la lancha que ha de llevarlos al otro lado de la bahía. Regresan mustios a sus hoteles, arrastran las sandalias sobre el asfalto tibio y las serpentinas deshechas, colmando los ojos y los oídos de los últimos fulgores de la fiesta.

Es Miércoles de Ceniza. Ya han empezado a quemar al monigote Vaval. Te asaltan de golpe recuerdos de la infancia. Agridulces. Como todos los momentos que estás viviendo actualmente y te llenan de insatisfacción. Tus padres se mostraban reacios a que te colaras entre la multitud enardecida, pero con la complicidad de Robertine, la vieja sirvienta del rodete trenzado, lograbas escurrirte. Siempre. Terminabas por reunirte, con disfraz o sin él, con las comparsas de adolescentes que desfilaban delante de tu casa, agitando como posesos. Y te desgañitabas como el que más, al son de los tambores, libre por fin. Al ritmo de los tambores de África, que emigraron a tu isla en tiempos inmemoriales con los primeros esclavos, por mucho que se esforzaran por olvidarlo tus padres. De puro aficionados a la cultura europea. ¡Y venga a sacudir, frenético, la cabeza y los hombros!, a lo cafre —como solía comentar tu madre disgustada.

Escudriñas la gran ola blanca y negra que lo sumerge todo, imponiendo su ley austera: retroceden los diablos rojos de rabos revoloteantes, las máscaras gesteras consteladas de espejitos, y hasta

la lascivia campechana de los cuerpos sudorosos se va extinguiendo. Hoy no te apetece nada. Manoseas nervioso tu jarra de cerveza, te comes desganado el maní y las aceitunas que te han servido graciosamente. Gente simpática la de este bar, no te apuran para que repitas el pedido. Hasta tí se elevan, al paso de las últimas carrozas, los tenues aplausos de los turistas que aún quedan. Te sonríes ante su decepción. Con una pizca de malicia.

Ahuyentas de un manotazo una voluta de humo que te roza la nariz. También tú te sientes defraudado. No por el fin del carnaval, tenía que ser; ni por el brutal crepúsculo tropical, tan previsible, tan rutinario, que siempre sorprende a los europeos, sino por la inexplicable ausencia del amigo. ¿Acaso no habíais quedado los dos en encontraros ahí arriba?, en la terraza del primer piso de acogedores sillones de mimbre, desde donde da gusto otear la plaza de la Sabana, el viejo fuerte, esa bahía imperiosa de aguas sosegadas, el Malecón, y rehacer tranquilamente el mundo. Como en aquellos tiempos...

No va a venir. No quieres ceder a la cólera, ni a ese asomo de rencor que ya empieza a amargarte la boca. Ni te ha llamado por teléfono. Ya no sabes qué pensar. Una inquietud sorda va sustituyendo poco a poco al mal humor. No quieres apremiar a los amigos, acorralarlos, exigirles más atención de la que pueden prestar. Últimamente todos parecen haberse vuelto indiferentes, sordos. Te suena muy raro el comportamiento de Rol. ¿Será posible que quince años de ausencia hayan borrado tan entrañable amistad, que este 65 no te depare más que desilusiones? Te sientes abandonado, solo con tus problemas. Es la persona idónea, de esto no te cabe la menor duda, para abrir la trocha, para que vayas avanzando por esa maraña, para que termine todo rápido.

No lo vas a llamar.

Ya empiezas a sentir el haberle hecho caso a las extravagancias de tu esposa.

—¿Qué es lo que esperas, hombre, para irte allá? —no paraba de sugerirte, en un tono que no tardó en pasar de incitativo a vehemente.

Con un punto de agresividad incluso... quizás. Ya no estás seguro de nada, se desboca injusta tu imaginación. Cierras de golpe los ojos. ¿Qué pintas tú aquí en Fort-de-France, jugando al detective frente a la plaza de la Sabana? Nada trascendente hay que descubrir. Nimiedades, algunos detalles en los que no te importa demasiado hurgar, y que Adriana infla desmesuradamente. Pero es que Adriana ignora muchas cosas de tu vida pasada, es que eres muy parco de palabras, poco propenso a compartir. Y hasta egoísta a veces. Ella está equivocada de buena fe.

Haberte quedado en París, gozando de la lenta explosión de la primavera en este Jardín del Luxemburgo al que dan las ventanas de tu despacho, al que tienes gran apego. Casi tanto como a tu tierra antillana que reafirma ahora, imposible zafarte, todo su poderío sobre ti.

Una brisa salada sopla desde el mar. Esta vana espera te saca de quicio. No puede ser.

Ahora te vas a retirar a tu hotel, a cuatro pasos del bar. A último momento te llama la atención una cohorte de mujeres de arcilla, pintado todo el cuerpo con un ocre suntuoso. Se van eclipsando poquito a poco por una calle del casco viejo. Con aplomo y *donnaire*, balanceando cadenciosamente sus formas orondas. Nunca habías visto en los carnavales anteriores, ni oído hablar de semejante formación femenina. ¿Será acaso un invento de las nuevas generaciones? Echas una mirada interrogativa a una joven pareja sentada a un metro de tu mesa, enzarzada en una discusión cuyos ecos agrios te sobresaltan.

—Con este cuentazo usted no engaña a nadie —suenan la voz masculina, prepotente.

—Bájese del burro, hombre, déjeme tranquila. Si ya estoy cansada de decirle que no soy venezolana, ni cubana, ni de esos lugares que usted cree... ¿No me habrá tomado, supongo, con la piel que tengo, por una canadiense? Soy de aquí, lo siento, tan martiniquesa como usted. ¿Cuándo es que lo va a admitir? ¿Quiere que le repita otra vez dónde nació? A cien metros de este bar. En la calle Blénac.

La joven te mira ahora implorando tu ayuda. Que se lo saque de encima ella sola, con sus botincitos de cuero negro, ¡vaya ocurrencia!, que en su tierra natal la hacen pasar por una extranjera.

—Bueno... Usted no sabe lo que se pierde, señorita —le larga con insolencia el gigoló decepcionado, renunciando bruscamente a sus inoperantes piropos garapiñados.

—Ni usted tampoco —la muchacha sacude la cabeza con desdén.

Muy bien, muchacha. Muy bien... Ya ves que no necesitabas a nadie para salir en tu defensa. Con esta última salva le has bajado definitivamente los humos. Y observas divertido al profesional derrotado que se retira zigzagueando. Tú también estás por marcharte, pero te siguen subyugando extrañamente estas mujeres de arcilla. La muchacha de los botincitos negros también se fija en ellas, perpleja, sin moverse. Y en tus manos anchas de uñas cuidadas y venas aparentes, de casi cincuentón, posa una mirada entre enternecida e insistente. No. Eso no. No estás para escarceos amorosos, en esas trampas de principiantes no vas a caer. Que se vaya ella de una vez. De todas formas aquí no vas a echar raíces.

Tragada por la noche violeta, la ondulante comparsa se ha desvanecido ya. Ocre como el mamey, ardiente como el polvo que levantaban en tus años mozos tus zapatones de soldado, junto a Roland Ozana, en las marchas de entrenamiento de la mili. Rol y Albert, los dos cabezotas del regimiento, bajo el sol cortante de enero. Arrastrando los pies, rompiendo deliberadamente la cadencia, llevando la contraria a los mandatos de los jefes.

Mañana lo llamarás. No se olvidan tan fácilmente las travesuras de la juventud, ni las luchas en común de la edad adulta. De golpe te embarga la angustia. ¿Y si estuviera Rol en un apuro, si fuera él de los dos el más necesitado de atenciones?

2

Ya habían pasado dos semanas. Catorce días inquietos durante los cuales Adriana, pendiente del buzón, dio libre curso a su imaginación sedienta de novelerías. Recibió una carta llena de vaguedades en la que Albert aludía apenas a lo que había motivado su viaje a Martinica. Quedó perpleja, contrariada por lo que consideraba una falta de consideración hacia su persona. Se sentía frustrada una vez más en su aspiración a ser tomada en serio, escuchada, felicitada. Esperaba agradecimientos y solo le había llegado, un sábado, un feo sobre de esos que desde hacía un tiempo solía usar su marido. Papel reciclado o algo por el estilo debía de ser, tan desabrido como ese cielo de París que la ponía de mal humor.

Decididamente, por mucho que hiciera Adriana, Albert se mostraba cada vez más condescendiente con ella y sus compañeros de trabajo, esa alegre cuadrilla de jóvenes actores teatrales que frecuentaban su casa. No decía ni pío, los hacía pasar mecánicamente al salón, y era tan desganada su acogida que algunos desistieron definitivamente de visitar a su esposa. Se acostumbraron a reunirse en las tascas y cafeterías del barrio, lejos de su mirada austera.

Sin embargo, ¿acaso no era Adriana quien acababa de revelarle un dato capital que él ignoraba hasta entonces, con el que pretendía deslumbrarlo? Hacía como quince años, en Martinica, habían intentado asesinarlo en el patio de la Prefectura igual que a dos camaradas sindicalistas que lo iban acompañando. A último momento, cuando se disponía a acudir a la cita, sonó el teléfono de su casa. Le advirtió una voz femenina de la trampa que estaba a

punto de cerrarse sobre él. Precipitada, temblorosa, casi inaudible. Bruscamente se interrumpió la llamada. Nunca logró identificar a la mujer a quien debía la vida. Y ahora era Adriana quien le entregaba la clave del enigma en bandeja de plata.

Ella sabía, él no era tan sagaz como se lo imaginaba.

Adriana salía de un importante mitin político en el que los oradores, desde una imponente tribuna presidida por los principales integrantes de la diáspora, habían defendido con entusiasmo la causa de la independencia de las Antillas y de Guayana. Estaba sola, sin su esposo, retenido en casa por una gripe feroz. Aturdida por las consignas, los aplausos, la euforia generalizada, la confianza en el futuro. Cerraba la noche. Todos se iban dispersando bajo una llovizna fría y sucia que desdibujaba los perfiles. Se encaminaba hacia la estación de metro más cercana cuando oyó a sus espaldas unas pisadas apagadas.

—¿Señora de Constant?

Adriana, sorprendida y halagada de que alguien la hubiese reconocido, aminoró instintivamente el paso.

—Señora de Constant... Lo van a matar.

—¿Pero ¿qué está diciendo usted? ¿De quién está hablando, por favor? ¿Que me van a matar a mí, a... —replicó asustada a la anciana, que ahora caminaba a su par y parecía andar con ganas de pisarle los talones.

—No venga, lo van a matar —la miraba con una insoportable insistencia una mujercita de como setenta años, machacando incomprensiblemente la lúgubre advertencia del pasado. Adriana, alhelada, creyó perder el sentido, le flaquearon las piernas. Pese al frío, sintió que se le iba cubriendo la frente de un sudor pegajoso. Resurgieron en un fogonazo las violencias y desmanes del pasado, la imagen odiosa de la Prefectura de la que le había hablado prolijamente Albert en los primeros meses de su matrimonio, cinco años después de fallecida su primera esposa. El viejo dolor adormecido alzaba cabeza.

—Usted, señora...

—Sí, yo soy la que... Mire, no podía tolerar que a un muchacho tan joven, tan apuesto, que era el señor Constant el más brillante de su generación, de nuestros políticos... Para entonces todavía no era su marido, es cierto, pero da lo mismo. Soy una madre, señora, soy cristiana... Morir a los treinta años un hombre tan honesto, ¡no! No podía ser... Sentí que debía intervenir, estaba en mi mano avisarlo, evitar tal vez..., aunque esto me trajera graves disgustos.

Y bajando de repente la voz preguntó tímidamente:

—Al mitin no ha asistido el señor Constant, ¿no es cierto? ¿Estará enfermo? ¡Qué pena! Cómo lo siento...

Adriana asintió púdicamente con la cabeza. Las dos mujeres se pusieron a cubierto en un café. Flotaba en el establecimiento un olor a colilla fría, mezclado con tufos de fritanga, que se le agarró a la garganta. Empezaron a estornudar, pero caía tan fuerte la lluvia que optaron por quedarse. Adriana, abatida, escuchó las confidencias que la anciana iba destilando con voz entrecortada.

Estaba de paso por París, se había enterado por casualidad de la celebración de un gran mitin independentista a unas cuantas manzanas del piso de su hija. En la calle Blomet. Esa misma adonde, de joven, la había llevado su esposo a conocer la efervescencia contagiosa del *ragtime* y el *boogie woogie* en el legendario «Baile negro» de los antillanos y africanos de París. ¡Qué época aquella, despreocupada, campechana, alocada!, tan diferente de estos años sesenta, agitados, conflictivos, reivindicatorios, dondequiera que se mirara. Entonces no se abordaban abiertamente como ahora, en los periódicos y la radio, el derecho de los pueblos, la dignidad del oprimido, la legitimidad de la descolonización, temas serios todos ellos que la interesaban vivamente y la angustiaban al mismo tiempo. No se atrevía a opinar.

De golpe, trastornada, decidió asistir a ese mitin providencial. Tenía que aprovechar a toda costa esa oportunidad que, bien lo sabía, no se le volvería a presentar más. Se llegaría mal que bien, pese a la multitud, a los empujones, a su falta de notoriedad, hasta el señor Constant; le revelaría su identidad, leería en sus ojos el

estupor, le hablaría sin cortapisas, vaciaría por fin el saco, segura de que en ese tipo de reunión no podía faltar el antiguo líder comunista. ¡Eran tan duros aquellos años cincuenta que habían vivido los martiniqueses en la isla, apenas recuperada de las privaciones engendradas por el maldito conflicto bélico que había convulsionado a medio mundo! Jamás los olvidaría ella... ¡y menos aún el señor Constant, que entonces por poco pierde la vida en su mismo país en un triste patio de prefectura!

Al día siguiente regresaría con *Air France* a Martinica. Aunque no tenía ninguna responsabilidad en esa infamia, ninguna culpa, como no fueran su discreción profesional y su excesiva sumisión a la autoridad, que no había dejado de reprocharse desde aquella terrible mañana, necesitaba con urgencia descargar la conciencia.

Durante más de quince minutos la señora de Constant, estupefacta, estuvo pendiente de esos labios ajados por los sinsabores de la vida. Tomó de repente una decisión: su marido tenía que salir a la mayor brevedad para Martinica, contactar con su salvadora, escucharla a su turno con atención. Lo de las dos voces entrelazadas, la gruesa y la untuosa, a las que en el café se había referido con insistencia la ex empleada de la Prefectura, había que indagarlo, cómo no. Él debía vengarse por fin. Adriana se fue exaltando mentalmente. Presionaría a su esposo hasta sacarlo de la cama, le haría la maleta, lo metería en el avión. No había peros ni peras. El matrimonio atravesó nuevamente una inquietante zona de turbulencias.

Adriana, que era colombiana y seguía desde Francia la agitada situación de su tierra —solo en sus ratos de ocio, a decir verdad—, alardeaba de sabia. La política no tenía secretos para ella, la analizaba tan bien como su esposo. Y en el caso específico de Albert, le aconsejaba radicalidad. Enterarse y ponerse manos a la obra. No dejaba de repetirle con la furia de la juventud, para retarlo: *Veni vidi vici*. ¿O es que solo los romanos tenían estómago?

Logró su objetivo. Albert puso primero toda clase de reparos, pero dio finalmente su brazo a torcer. Cada día sentía más cruelmente el abismo de quince años que lo separaba de Adriana. A fin

de cuentas, no le vendría mal una breve ausencia, un *break*, como solían decir despreocupadamente los jóvenes amigos de su esposa. Lo mismo pensaría quizás Adriana, libre por fin de acostarse a horas muy avanzadas de la noche sin tener que justificarse, de recibir a quien quisiera, de reír a carcajadas sin ton ni son en el gran piso sin alma. De llevar esa vida bohemia que era para ella la única apetecible. Estaba convencida, además, de haber ganado la partida. Albert había doblado la cerviz.

Pero contra toda previsión, las cosas tomaron un sesgo curioso. Desde Martinica su marido le daba la cara, la provocaba, se quedaba inexplicablemente de brazos cruzados. Continuaba la lucha sorda de los esposos.



3

Hoy, Albert, te sientes un miserable. Bueno, no es para tanto. Un bicho raro, esto sí. ¿Por qué haberle contado a Adriana del cuento la mitad? Afirmas quererla y la has tenido alejada de los compromisos más entrañables, de los acontecimientos mayores de tu vida. Lo de la Prefectura, del lazo que esta planeaba tenderte, se lo contaste repetidas veces, no sin cierta fruición. Nada más que este retazo de anécdota, tan poco anecdótica a decir verdad, lo más terrible quizás de tu aventura. ¿Qué buscabas con esto? Recaltar tu papel de víctima de un orden colonial implacable, suscitar empatía, probablemente. Ya no te comprendes a ti mismo, te cuesta analizar tus comportamientos pasados. Necesitabas seducirla, presentarle una fachada tranquilizadora, un pecho amplio capaz de protegerla. Nada de exaltación de la violencia, aunque fuera revolucionaria y justificada a tu juicio. También es cierto que ella tampoco se había animado a tocar contigo temas políticos. Eran la literatura y las artes las que los habían acercado en aquella exposición parisiense sobre la pintura de América Latina. Guayasamín y Figari: los retratos desgarradores del ecuatoriano por una parte, y por otra, la poesía tierna de las estampas de la vida rural del uruguayo. Adriana había dado un paso atrás, te había pisado el pie por inadvertencia, la culpa la tenía el hombre del altiplano, que necesitaba verse con más distancia. Se sonrió, contemplando entre incómoda y traviesa los estragos de su tacón de aguja, tus labios encogidos, tu imperturbabilidad crispada. De disculpas en comentarios, de comentarios en coincidencias y complicidades, se entabló entre los dos una amena charla.

Tienes confianza en ella, pero te cuesta destaparte incluso con los amigos y los familiares. Por pudor, por temor de fastidiar con detalles que a ti solo te importan. Bien te cuidaste de relatarle a Adriana el estupor compacto que se abatió sobre la Prefectura al constatar esta el fracaso de su plan. Tú también tenías aliados adentro, las señoras de la limpieza, ¡avispadas ellas, siempre de ojos muy abiertos! Los otros estaban como moscones locos, intentando descubrir el origen de la infidencia. Y no eran tan generosos como para pensar que era Dios quien, en su infinita misericordia, había decidido protegerte a ti así como a los dos ateos de tus amigos. A pesar de sus esfuerzos, no consiguieron sacar nada. Que la señora de Nayadou, que le reveló a Adriana el origen de aquella misteriosa llamada telefónica, es de las que infunden inmediatamente confianza. ¿Quién iba a sospechar de una persona tan discreta, casi apagada, de aspecto tan vulnerable?

Pero no te ibas a conformar únicamente, Albert, con la consternación y la rabia contenida de las autoridades. Como quince días después, cuando todo parecía haber vuelto más o menos a su cauce, asomaste la punta de la oreja. En todas las portadas de la isla campeó entonces la fachada volada de la mansión prefectoral. Un trabajo hecho con tanta limpieza que solo hubo daños materiales y ninguna huella que permitiera arrestar a los culpables.

Te reíste para tu capote, confíesalo, al enterarte por los rumores, literalmente disparados, que a la presumida esposa del prefecto la habían visto en la penumbra salir despavorida de su habitación, bamboleantes los grandes pechos blancos bajo la seda del camisón.

Eres demasiado callado, Albert, pero no lo puedes remediar. Tampoco está al tanto Adriana de tu última hazaña, aquella que te valió ser expulsado de tu tierra natal y salir pitando en el primer avión con destino a la Metrópoli. ¡Una palabra glacial!, que en aquel entonces sonó en tus oídos como una condena a muerte. El invierno, la nieve, la soledad del desterrado, el salto a lo desconocido... Te lo buscaste, bien lo sabes, y no te arrepientes, pese a los violentos reproches de tu familia asustada. Eres un bala perdida,

Albert... ¿A quién se le ocurre encerrar a un prefecto en el patio de una alcaldía, invitarlo a arremangarse para un combate singular, que gane el mejor, romperle la cara a puñetazos vengativos y tirarlo a la calle como un perro sarnoso? En la Prefectura eran fuertes ellos, pero se habían olvidado de que en el ayuntamiento, en tu condición de teniente de alcalde, mandabais tú y tus compañeros.

Haberle contado a Adriana, que tanto interés tiene ahora en desenmarañar lo de las voces superpuestas, cómo se abrieron solemnes las dos hojas de la puerta, sin el más mínimo crujido, bien engrasadas. Para acoger cumplidamente al prefecto. Y lo rápido que se cerró la trampa sobre quien había pretendido tres semanas antes asesinate a mansalva. No eres de la raza de los que doblan el espinazo.

Quizás algún día le reveles a ella, que tan afanosa parece estar de heroísmo, la verdad de tu pleito con la Prefectura, aquella lucha titánica para que no te aplastaran como una nuez. Ah, ¡de haberlo sospechado tú antes! Temías asustarla con esas brutalidades y golpes bajos, al verla tan grácil y delicada con su pelo castaño y sus ojos café. Quisiste preservarla en vano, y ella es quien te empuja ahora, tan a contratiempo, a blandir las teas extintas de la venganza.

La vida es una concatenación de desencuentros, Albert. Qué tarde lo vas descubriendo, viejo.

Ahora ponte en marcha, que te has comprometido para complacer a Adriana a... ya ni recuerdas exactamente qué cosa. Hum... Las voces, sí, que la señora de Nayadou oyó voces. Y estás harto ya de que te diga tu esposa con esas ínfulas de la gente de la Sabana de Bogotá, aunque sea bromeando: «Costeño indolente, mire a ver si se mosquea, que tiene que resolver esto tan pronto pueda». Costeño, pues sí. Te irrita y te hace gracia al mismo tiempo la palabrita. Naciste, a mucha honra, en Fort-de-France, en la costa caribeña, en una de las cinco bahías más bellas del mundo. ¿Qué te imaginas, Adriana? ¡El trópico yéndole a la zaga de tu meseta pelada!, no, querida, no.



Albert Constant, en un Ami 6 de alquiler, enfiló en cuanto pudo hacia Carbet. Ahí se había retirado de tiempo atrás la señora de Nayadou. La viuda lo esperaba ansiosamente desde su regreso a Martinica, pendiente del gran almanaque de cartón de la cocina en el que señalaba meticulosa, con una cruz, el paso de los días. Ponerlo todo en limpio, esto anhelaba más que cualquier cosa; comentar con él, de viva voz, lo que había presenciado en aquel entonces, creía haber comprendido, y también lo que había constatado y vivido después que lo expulsaron de Martinica.

Al aparcarse en su calle el coche del señor Constant, sin un arañazo ni una abolladura, demasiado rutilante para ese barrio humilde, la ex empleada de la Prefectura supo enseguida que no dejaría de llamar la atención de los vecinos. Recibía pocas visitas, y al pie del pequeño edificio de dos pisos donde vivía, frente al mar, o en el portal, solían aglutinarse los jóvenes desempleados del poblado. Fumaban, aburridos, con la mirada perdida, envueltos en los vapores dulzones de la droga, o se contaban chistes verdes en criollo salpicados de mentadas de madre, no muy de su gusto, cuando no les daba por comentar con mímicas grotescas el andar ondulante de las mujeres.

Se precipitó hacia él, emocionada, lo hizo pasar al saloncito y bajó las persianas.

—Esto es lo malo de las plantas bajas, que los de la calle... En fin...

Albert se sorprendió ante este gesto perentorio en plena mañana, pero le supieron bien la vivacidad de la mujer y esa semipenum-

bra que permitía disimular la turbación de ambos, y la contracción nerviosa de sus labios a la hora de manifestarle a la señora de Nayadou su eterna gratitud. Ella la aceptó con naturalidad. Lo invitó luego, cándida y orgullosa a la vez, como solía hacerlo antaño su madre con las visitas, a probar un licor de naranja, casero, del bueno. Mientras fingía con aplicación saborearlo —tanto azúcar empalaga, ¿cuándo es que lo van a comprender las amas de casa martiniquesas?—, pudo apreciar la gran pericia con la que ese comino de mujer había administrado su vida.

—Total, que pedí una baja por enfermedad... y esa dolencia entre fingida y real, una inflamación del hígado que me dejaba literalmente con una tez de limón, me vino de perlas. De haber seguido trabajando en la Prefectura, hubieran terminado por descubrirlo todo. Estaba nerviosa, sentía o me imaginaba que me miraba de soslayo la otra secretaria. Siempre me había tenido envidia esa ambiciosa dispuesta a cualquier ruindad para escalar posiciones. Todos eran enemigos potenciales, al acecho quizás, y ni siquiera estaba yo muy segura de mi propia capacidad de resistencia.

Más tarde la señora de Nayadou, aconsejada entonces por su marido, consciente del peligro, había solicitado otra baja, y otra, y otra. Extremó la prudencia, rozó las paredes mientras se mantuvo en funciones el antiguo prefecto Arnaud de la Rivelière. Se veía sumisa, disciplinada, sumergida en sus legajos. Su retiro prematuro no chocó a nadie. Fue aceptado sin problemas, casi con alivio, por sus superiores.

Albert escuchaba con atención, ávido de más detalles sobre aquella mañana de diciembre que por poco convierte a Marlène, su primera esposa, en una viuda. Sin la señora de Nayadou, sin su sangre fría. No se animaba, sin embargo, a plantearle preguntas. Era palpable su angustia renovada, se iba emocionando, tartamudeaba ligeramente.

—Pues aquella mañana del año 50, junto al señor de la Rivelière, lo juraría, se encontraba el destilador ese de voz untuosa,

aquel a quien le habían echado coplas en los carnavales del año anterior. ¿Acaso no se acuerda? La gente coreaba palmoteando: «¡Caraladrillo. Ooo. Caraladrillo. O!», por su piel rojiza que nunca se avino con el sol de nuestra Martinica, y por lo duro que era con los trabajadores. Un tipo sin entrañas. Pero esos criollos no tienen vergüenza, los traen sin cuidado la rechifla del pueblo, las mascaradas grotescas, con tal que sigan mangoneando aquí, en esta tierra jugosa que ven como de ellos desde hace cuatro siglos. ¡Descendientes de filibusteros sin ley, esto es lo que son! Bueno, jurar no, finalmente, no pondría la cabeza. Aunque, aunque... Usted ya sabe cómo son nuestras casas, con persianas y tan escasa intimidad, así que...

—¡Pero el despacho del prefecto! —no pudo menos de exclamar Albert Constant.

—Sí, claro, contaba con una especie de mampara... que no servía para gran cosa, hay que reconocerlo. Aquel día se esforzaría por hablar bajito el jefe, por supuesto, pero no tanto como para que se me escapara ese curioso, como quien dice... ronroneo: «Cons.. Cons... definitivamente... quitarlo de en medio... ahora mismo...».

Sin querer agucé el oído, yo que soy más bien discreta por temperamento. ¡Y venga el prefecto a repetir su nombre con una saña que daba miedo! No lo pensé más, decidí zafarme de esa pesadilla, cogí aterrorizada mi teléfono. El resto ya lo conoce usted. Sonó entonces con gran asombro mío una segunda voz, era más bien un murmullo, envolvente, aprobando.

Albert Constant apretó las mandíbulas.

—¡Tejemanajes y cochinas!, de eso sí que entienden ellos.

—Y no me falla la memoria, no se crea, aunque tengo mis añitos. Que algunos días antes se asomó justamente por la Prefectura Caraladrillo. Bueno, disculpe..., Bernard de Grandmont, a solicitar protección y subsidios para sus cañaverales y sus ingenios de azúcar, sus vagones y su vía férrea. Pequeñita, es cierto, nada del otro mundo, pero bien que la costeó el departamento. ¡Pedigüeños! ¡Chupones! Parece mentira, ¿no? Bah, la cantinela de siempre, a

plena luz, si es normal todo esto por estos pagos. El día fatal, para mí que de Grandmont acompañaba al prefecto, sí, pero no se eternizaría, es un cobarde; que hay que tener agallas para asistir callado a un ... Y más aún por la espalda —se paró de golpe la señora de Nayadou, asustada por su propia confusión mental.

—Agallas, ¿usted cree de veras? Yo diría más bien... que hay que ser un crápula.

—¡Discúlpeme, señor Constant, si ya no sé lo que estoy diciendo. ¡Un crápula, claro!, esta es la palabra que andaba buscando, la palabra apropiada. Aquel día pues... rechinó la puerta, de Grandmont se escurrió, se fue bonitamente del despacho. No oí nada más. Ni un correr de sillas, ni una tos, ni un ruido de pisadas, ni media palabra. Hubo un silencio espeluznante. ¡El prefecto como si se hubiera esfumado! Ni me atreví a levantarme para mirar hacia abajo, al patio. Tranquila, tenía que mantenerme tranquila, no mover ni un dedo, que nadie se fijara en mí. ¡Usted, bendito sea Dios, no acudió a la Prefectura!, no cayó en el garlito, me hizo caso. Desabroché mi blusa y mi sujetador, con perdón de la palabra, señor Constant; sentí que podía respirar de nuevo, pero que en adelante tendría que sortear muchas asechanzas.

—Usted se portó con valentía, señora de Nayadou —no alcanzaba Albert Constant a articular más palabras.

—Qué bien se las arreglaron luego para echar tierra a todo lo que... no ocurrió aquel día, a todo lo que estuvo en un tris de ocurrir, y que tenían preparado con tanto esmero. ¿Fui yo el único testigo, la única en haber oído algo? ¿Entonces no notaron nada los demás empleados?

Albert Constant se quedó perplejo ante la loca audacia de esa trama. No lograba imaginar cómo pensaban eliminarlo en el mismo patio de la Prefectura. ¿Cómplices tendrían metidos ahí dentro a la espera de la señal? ¿Militares vestidos de paisanos? ¿Soldados rasos manipulados? No, no podía ser. En plena ciudad, imposible. ¿Quiénes entonces? Le atormentaba la idea de no enterarse nunca. Se mordió los labios, mentalmente extenuado. Sabía, por mucho

que intentara ahora no incurrir en exageraciones, no ideologizarlo todo, que eran capaces de los golpes bajos más sórdidos, de las peores sofisticaciones en el crimen, de las escenografías más viciosas. Nada tenían que envidiarle al perverso Trujillo de la isla vecina. De la militancia se había ido distanciando poquito a poco, sin alharacas, pero no por eso ignoraba que la infamia también había echado frutos en su isla.

No se le iba de la memoria el ambiente agitadoísimo de los años 50 en Martinica, las reuniones electorales eléctricas que había presenciado tan a menudo en la capital y en el campo, la exaltación de las consignas, la euforia de hombres y mujeres en las plazas de los pueblos, y el rictus impune de los de arriba. Los partidos de izquierdas iban ganando terreno, la derecha, en cambio, se crispaba. Quedaban a ratos malheridos a la vuelta del camino, al torcerse una huelga, unos cuantos trabajadores, se multiplicaban las confrontaciones violentas entre patrones y obreros. Llovían injurias, trompadas y machetazos. Hasta se habló, en el sur, de un anciano minusválido indignamente asaltado por una pandilla de jóvenes facinerosos a sueldo de la derecha criolla más cerril: le habían embadurnado la cara con excrementos y se reían a carcajadas esos cabrones. ¡La banda brava! ¡Un puñado de delincuentes metidos en toda clase de chanchullos de mala muerte que paseaban chulamente el esqueleto por toda la isla!

¿Acaso no era él el más indicado para saberlo?, si había sido durante varios años inspector de tributos, si en las lidias políticas del momento había estado muy implicado, si incluso contribuyó a dirigirlos. ¡Y ese pasado que no pasaba!, esos terribles años 30 que nadie en la isla se resignaba a arrinconar. Y por encima, para colmo, venía a sumarse un presente amargo, la actual crisis del 60 que no podía menos de constatar con aflicción, con su paro en ascenso, sus alborotos sociales, sus tensiones. ¡Y su policía exasperada, constantemente en pie de guerra!, disparando en ocasiones a tontas y a locas contra vulgares sinvergüenzas, que ni siquiera amenazaban ese famoso orden social con el que se llenaban la boca las autoridades.

Albert Constant no pudo contenerse:

—¡Pobre isla la nuestra! ¡Qué desbarajuste! Detrás de aquello que me fue contando usted, señora, están los terratenientes, los dueños de ingenios de azúcar, los destiladores de ron, no tiene vuelta de hoja. ¡Hasta en la sopa los encuentra uno en ese bendito país! ¿Cree de verdad que ha cambiado esto? Ahora sí, es cierto, han diversificado sus actividades, también apuestan a importación y exportación, que deja esto pingües beneficios.

No aguantaba al ex prefecto, pero este por lo menos había tenido su merecido, con él estaban saldadas las cuentas desde hacía quince años. A de Grandmont, en cambio, cuya vileza acababa de revelarles la señora de Nayadou, lo odiaba, tanto más cuanto que se le había escapado. Vibrante de emoción y cólera contenida, se despidió, prometiéndole a su salvadora, a manera de homenaje, de agradecimiento, profundizar en su inconclusa búsqueda de la verdad. Necesitaba saber. La voz melosa de ese cagón lo andaba persiguiendo. Ella, por su parte, bien se había ganado el derecho a descansar, a olvidar.

Y contra toda previsión, en sus labios se esbozó una sonrisa amarga. Había caído una vez más entre las redes de las mujeres. Se había dejado amarrar por las promesas, había aceptado lanzarse en nuevas aventuras que, de hecho, distaban mucho de apasionarlo. Y mientras machacaba obsesivamente para sus adentros «de-Grandmont-de-Grandmont-de-Grandmont, ¡carajol!», una palabrota que se le escapaba a veces a Adriana, furiosa, al comentar la política caótica de su tierra, «de-Grandmont-de-Grandmont-de-Grandmont, ¡hijo de tall, te voy a partir los morros», pisó con tanta fuerza el acelerador que por poco da un bandazo y termina en un arcén cubierto de arena y escombros. Respiró hondamente, sacudió la cabeza para despejarse, dejó de divagar y puso rumbo al norte de la isla. A ese Finisterre bravo —todo bambú, frondosidades, raíces, barrancos— con sabor a paraíso terrenal, al que iba de niño a veranear. Vadeaban en coche un riachuelo de aguas claras, flacuchas, que le parecía más opulento que el vasto océano. Ahí sí que se encontraría por fin con su amigo Ozana.